

dias. Sentadas en el suelo, las mujeres cantan algunas palabras en tono plañidero, y terminan cada verso con el sonido prolongado de *a-a*, ó de *o-o*, ó bien asimismo de *ai-ai-a*. Toda la cerveza y toda la harina que hay en la casa mortuoria se reparten entre los asistentes; además se rompen todas las vasijas, ollas, jarros y tazas, por considerarlas ya inútiles.

Hombres y mujeres llevan luto por sus padres, lo cual se reduce á rodearse la cabeza, el cuello, el pecho, los brazos y las piernas de tiras hechas de hojas de palmera, que se llevan hasta que secan y por sí mismas se deshacen.

«Muy pocos días pasamos sobre la tierra,» nos decía el viejo Chinchunsé, pero despues de la muerte resucitamos. «No sabemos á dónde vamos, ni de qué manera estamos en ese otro mundo, ni á quienes tenemos por compañía, porque los muertos nunca lo han contado. Es verdad que algunas veces vuelven y se nos presentan en sueños; pero no dicen dónde están, ni cómo se encuentran.»

Al acercarnos á Nyassa, el Chiré se convierte en un rio ancho y profundo, pero de lenta corriente. En un lugar se dilata 10 ó 12 millas de longitud, sobre 5 ó 6 de anchura. Este pequeño lago, llamado Panalombé, abunda en esquisitos peces, y sus orillas, que son bajas, están rodeadas de una espesa barrera de papiros. Al poniente, cerca del rio, se eleva una cordillera, cuya direccion es hácia el Norte.

Llegamos á la residencia del jefe Muana-Moesi, distante una jornada de Nyassa. Nunca allí, segun dicen los habitantes, se ha oido hablar de un lago, y se nos aseguró que el Chiré continúa dilatándose, como allí lo veíamos, hasta considerable distancia, y que entonces se escapa por entre unas rocas perpendiculares que llegan al cielo.

Al oír estas palabras, nuestros acompañantes se quedaron atónitos. «¿Para qué buscar ese lago, si no existe? Volvamos al *Ma-Robert*,» dijeron los makololos.

—Es preciso á todo trance, dijo el doctor, ver esas rocas maravillosas.

—Cuando las hayais visto, replicó Masakasa, querreis ver otra cosa. Pero lo cierto es que hay un lago, y en vano lo niegan, añadió, pues es indudable, toda vez que así está escrito en un libro.»

Masakasa, que tenia una fe sin límites en todo lo que está escrito, se indignó é increpó á los habitantes porque nos engañaban. «El lago existe, les dijo, ¿cómo lo hubieran visto los blancos, si no le hubiese?»

Entonces confesaron que habia un lago un poco mas arriba de la poblacion.

Descubrimos, en efecto, el lago Nyassa el 16 de setiembre de 1859, un poco antes de las doce del dia. Su estremidad meridional está situada á los 14° 25'

de latitud Sur, y á los 33° 10' de longitud Este. En dicha estremidad el valle tiene aproximadamente 12 millas de ancho; algunas montañas se elevan á los dos lados del lago; pero el denso humo que procedia del incendio de las yerbas de los contornos, nos impidió ver á mayor distancia.

Nuestra permanencia en las orillas del lago hubo necesariamente de ser de corta duracion, pues la esperiencia nos habia hecho ver que el mejor modo de destruir las sospechas que pueden asaltar el ánimo de unas gentes cuyos únicos visitantes son los traficantes de esclavos, era limitarse á pasar, y luego hacerles comprender que el objeto de nuestro viaje, tan diferente del de aquellos, nada tenia de peligroso para su seguridad, y que nuestras disposiciones hácia ellos eran favorables.

Otro motivo nos hizo retroceder aceleradamente; la mas pequeña imprudencia de la gente que habíamos dejado en el *Ma-Robert* podia comprometerlos y ser fatal al éxito de la expedicion.

6 octubre, 1859. Despues de un viaje á pie de cuarenta dias, nuestros viajeros llegaron al *Ma-Robert*, y volvieron á bajar el Chiré.

En la travesía de la laguna del Elefante, contaron hasta nueve grandes manadas de estos animales; algunas de ellas formaban una línea de 2 millas de largo.

26 octubre. Estalla una deshecha tempestad y cae un fuerte pedrisco, con gran sorpresa de nuestros hombres de Sena, para quienes el granizo es cosa desconocida, aunque no rara en las regiones mas próximas al Africa Central. En Karuman lo vimos matar caballos, gallinas y antílopes, y romper en Kolobeng todos los cristales de las ventanas de la Mision.

2 noviembre. Despues de haber anclado á la altura de Shamoara, enviamos á Sena algunos hombres en busca de galleta y otros géneros. El señor Ferrao, tan generoso como de costumbre, nos envió un buey.

Volvimos á la costa hácia la embocadura del Kongoné para reparar algunas averías de nuestro desdichado vapor, y luego hicimos rumbo el 6 de noviembre á Teté, á donde despues de varios incidentes y de una breve estancia en Chupanga, llegamos al fin el 2 de febrero.

Los mercaderes de Teté.—Ceremonias nupciales.—La hulla y el oro.—Otra escursion al Kebrabasa.

Los portugueses de Teté llevan la intemperancia y otros vicios á tal extremo, que no es lo extraño que les acometan las calenturas, sino que éstas no arrebaten á todos á la vez. Sus costumbres serian mortales en cualquier clima. Esto era para los africanos motivo de mayor asombro que para nosotros mismos: nuestros makololos miraban con espanto sus reuñio-

nes báquicas. En Teté no hay un periódico, ni un librero, ni un maestro de escuela. ¡Cuán lastimosa condicion!

Allí los casamientos se celebran con tanta algazara como en todas partes.

En la nupcial comitiva los casados son conducidos en unas hamacas suspendidas de unos palos, y las esclavas, adornadas con sus mejores atavíos, manifiestan estrepitosamente el regocijo que les causa la felicidad de sus señores. Los hombres llevan hamacas, y dan rienda suelta á su alegría disparando sus arcabuces. Detrás de la hamaca de los recién casados vienen sus amigos, vestidos por lo regular de negro, y llevando un sombrero de lo mas horroroso que es posible imaginar.

Las mujeres examinan los adornos de sus vecinas, y balancean graciosamente los cántaros de agua que llevan sobre la cabeza, en tanto que para limpiarse la garganta del polvo que levanta la muchedumbre, los convidados hacen copiosas libaciones, mientras llega la hora de comer, á lo que siguen el baile y otros alegres pasatiempos.

El objeto mas importante de las inmediaciones de Teté, y casi el único interesante, es la hulla, que se encuentra á algunas millas al Norte de dicho punto, y se deja ver en las márgenes pedregosas de los rios que alimentan el Revoabué. Los filones tienen un espesor de 4 á 5 pies; y nosotros hemos encontrado uno que tenia hasta 25.

El oro se halla tambien en muchos rios que corren al Mediodía de Teté; pero mientras subsista la esclavitud no se explotará allí ni el oro ni la hulla, y estas riquezas se conservarán para las generaciones futuras.

Persuadidos de que debíamos á nuestros fieles compañeros de 1855 la atencion de restituirles á su casa, protegerles durante el camino, y prestarles todos los servicios que nos fuese posible, nos preparamos á este viaje que era para nosotros una deuda de honor, y que los portugueses de Teté consideraban imposible.

El vapor fue conducido á la isla Kaniymbé, situada á la vista de Teté, y confiado á dos marineros ingleses durante nuestra ausencia.

Los makololos que habian tomado parte en la expedicion fueron recompensados por sus servicios, y sus camaradas, á quienes se quiso mostrar que no en vano habian seguido al doctor, recibieron telas de algodón, para que no sufriesen la temperatura mas fresca del pais; y á esto se unieron varios adornos.

Dábase el nombre de *makololos* á nuestra gente, porque eran altivos; pero esto era pura cortesía, porque en toda la banda solo el jefe principal, llamado Kanyata, era un verdadero makololo, y en atencion á su origen habia sucedido á Sekuebú. Los restantes

perteneían á las tribus conquistadas de los batokas, boshubias, etc.

El 15 de mayo, terminados ya todos nuestros preparativos, nos pusimos en camino á las dos de la tarde.

Un comerciante de Teté envió con nosotros tres esclavos suyos, á quienes cargó de presentes para el jefe de los makololos. El mayor Sicard nos dió tambien tres de los suyos, y dos distinguidos portugueses tuvieron la amabilidad de prestarnos dos asnos.

Nos detuvimos á 4 millas de Teté, y sabiendo que los banyais, gente que pone á rescate á los portugueses, habitan principalmente la orilla derecha, y no teniendo gran confianza en nuestra escolta, atravesamos el Zambese y seguimos la orilla izquierda. Si los banyais se hubieran presentado con un aire amenazador, nuestra gente hubiera podido arrojar su carga y huir, tanto mas á su placer, cuanto que estaban cerca de sus moradas.

Ni siquiera hubo necesidad de esto para que dos de ellos tomasen las de Villadiego, y al dia siguiente se volvieron por el camino de Teté.

Al principio hacíamos cortas etapas, á fin de que los hombres se familiarizasen paulatinamente con las largas marchas.

Las noches eran frias y venian acompañadas de fuertes rocíos, y á veces de grandes chaparrones, lo que ocasionaba no pocas calenturas. Todas las mañanas, nuestra comitiva experimentaba algunas bajas; así es que cuando llegamos á las montañas de Kebrabasa, treinta hombres (casi la tercera parte de la banda) nos habia vuelto la espalda.

Los habitantes de dicho punto estaban entonces mas gordos que en la época de nuestra primera visita. Consistia esto en que la cosecha habia sido abundante, tenian cerveza con profusion, y gozaban de la vida lo mas alegremente que podian.

En Defué, cerca del sitio en que el *Ma-Robert* se detuvo en nuestra anterior expedicion, encontramos á dos jefes: el hijo y el yerno del jefe antiguo. Por lo regular, no es el hijo, sino el sobrino del jefe (línea femenina) quien tiene mas probabilidades de heredar el poder.

Aquí, todos los hombres están marcados con líneas horizontales ó cicatrices que les atraviesan la nariz y la parte superior de la frente. Llevan además, como los habitantes del antiguo Egipto, un pendiente en la oreja, formado de cobre amarillo, cuyo diámetro es de 2 ó 3 pulgadas. Muchos usan el pelo largo, y del mismo modo que los egipcios y los asirios.

Despues de haber pasado á pie la rápida Lonía, dejamos el sendero que en otro tiempo seguimos á orillas del Zambese, y dirigiéndonos al Noroeste, avanzamos detrás de una de las cadenas de la mon-

taña, cuya estremidad oriental se llama Mongona, nombre de una acacia escesivamente fétida que allí se encuentra.

A semejanza de los manganjas, los habitantes de esta region saludan dando palmadas. Cuando uno de ellos llega á un sitio en que hay varias personas sentadas, va á palmotear delante de cada una, la que le devuelve el saludo en la misma forma; y luego á su vez toma asiento.

Proseguimos nuestro camino en la misma direccion, y solo encontramos aquel dia dos aldeguelas, viendo á nuestro paso una inmensa cantidad de guayaco y ébano; el árbol cuya corteza amarga y lisa se emplea por los indígenas para hacer esos vasos cilíndricos en que guardan su grano, abundaba igualmente. En general, el pais está poblado de bosques compuestos de árboles de mediana altura.

Pasamos la noche cerca de Sindaboné, en donde nuestros hombres, que habian bebido cerveza con exceso, se entregaban á una algazara poco comun. En la mañana siguiente nos desayunamos á la sombra de unas palmeras silvestres, sobre el florido céspedes de una límpida corriente que atraviesa el delicioso valle de Zibah.

Subiendo este valle que nos condujo al Suroeste, llegamos al pueblo de Sandia, despues de una marcha de cerca de una hora. El Kfumo habia ido á caza, y se ignoraba cuándo regresaria.

Teníamos algunos enfermos, y era preciso detenerse. Los súbditos de Sandia se mostraron muy corteses, y aquella misma noche, un pariente del jefe vino á visitarnos, y no gustándole, segun nos dijo, vernos comer sin beber, nos obsequió con cerveza. Al alejarse de las tribus que tienen relaciones con los traficantes de esclavos, se encuentra en los modales y en el lenguaje de los naturales muchas cosas que hacen recordar los patriarcas.

Los habitantes del valle de Zibah pertenecen á la tribu de los bademas, quienes son mas ricos, tienen mas géneros de algodón, mas adornos y víveres que los que hasta entonces habíamos encontrado. Nos ofrecieron, huevos, aves, patatas, cacahuets, cañas de azúcar, tomates, pimientos, cúrcuma, arroz, sorgo y maiz: productos que traian en gran cantidad.

El sorgo, el tabaco, el cáñamo y el algodón se cultivan tambien en el valle de Zibah por todos los habitantes de Kebrabasa, donde en casi todos los pueblos, como en las montañas de los manganjas, los hombres se ocupan en hilar y tejer un algodón de esquisita calidad.

Reparticion de un elefante.

Imposible nos fue partir al dia siguiente. Seis makololos, deseados de probar sus fusiles, fueron en busca de un elefante; pero al cabo de algunas horas,

no faltó quien, cansado de no hallar ninguno, propusiese ir á un pueblecillo para comprar víveres. «¡No! dijo Mantlanyané; hemos salido á caza, cacemos pues.» Poco despues encontraron multitud de elefantas con sus crias; pero no bien la primera descubrió á los cazadores situados en los peñascos inmediatos, se apresuró á colocar, con un instinto verdaderamente maternal, á su elefantillo entre las patas delanteras, con objeto de protegerlo. El pobre animal recibió una descarga y huyó por la llanura, donde lo remató otra descarga. El elefantillo se escapó tambien, desapareciendo con el resto de la banda.

La mujer de Sandia tuvo inmediatamente noticia de este hecho, pues segun las leyes del pais, la mitad del elefante pertenece al jefe del territorio en que es cazado,

La distribucion de un elefante es un espectáculo de los mas curiosos. Los hombres, colocados en derredor de la víctima, guardan un profundo silencio, mientras el caudillo de los viajeros declara que en virtud de una antigua costumbre, la cabeza y la pata delantera del lado derecho corresponden al que ha dado muerte al elefante, es decir, al primero que lo hirió; que la pata izquierda pertenece al que le causó la segunda herida, ó que ha sido el primero en tocarlo despues que ha caido; que el pedazo que rodea el ojo se entregue al jefe de los viajeros, y que ciertas partes se den á los jefes de los fuegos, esto es, de los diferentes grupos que componen el campamento; y recomienda espresamente que la grasa y las entrañas se reserven para una nueva distribucion.

Terminado este discurso, los indígenas se precipitan sobre la presa; y gritando y animándose cada vez mas, prorumpen en un salvaje clamoreo, mientras destrozan aquella con sus lanzas, cuyas largas astas se agitan en el aire por encima de sus cabezas. Por último, su exaltacion, que aumenta por momentos, llega al colmo cuando abren aquella masa enorme, lo cual viene siempre acompañado del ruido de los gases que se desprenden de ella. Algunos se arrojan á las entrañas recién abiertas, y se revuelcan en ellas, deseosos de arrebatarse la grasa preciosa, mientras otros se alejan corriendo cargados de carne que chorrea, sangre, la ponen sobre la yerba, y vuelven á buscar nuevos trozos; y esto, hablando y chillando todos en el tono mas agudo que le es posible. Tres ó cuatro, con infraccion de todas las leyes, cogen el mismo pedazo que tenazmente se disputan. De tiempo en tiempo se levanta un grito de dolor: un hombre cuya mano ha recibido una lanzada de un amigo frenético, sale de la bulliciosa masa que llena y cubre el animal, siendo preciso en tales casos un pedazo de tela y buenas palabras para evitar una



Mujeres de las orillas del Zambese, construyendo chozas.

discordia. No obstante, la tumultuosa tarea continua, y en un espacio de tiempo sumamente breve se llenan toneladas de carne, y los pedazos se colocan en diferentes montones.

Poco despues de la reparticion que acabamos de describir, llegó el jefe Sandia, que era un viejo adornado con una peluca de la estopa de un árbol botánicamente llamado *sanseveria*, de la familia de los alóes; sus hojas carnosas, cuya forma se parece un poco á la de nuestros lirios de pantano, suministran, cuando se las machaca, una estopa abundante y fina, pero muy resistente, con la cual se hacen cuerdas, redes y pelucas. Esta estopa recibe fácilmente cualquier tinte, y podria ser un buen artículo de comercio. Las pelucas de que se trata, como posteriormente hemos tenido ocasion de ver, no son raras en la region que recorríamos; no obstante, tal vez son menos comunes de lo que las pelucas de pelo lo son en Inglaterra.

Sandia llevaba al cuello su *mosamela*, que le colgaba por la espalda, y era enteramente igual al de los antiguos egipcios. El *mosamela*, especie de pequeño taburete de madera esculpida, que sirve de almohada, se lleva por lo regular en las expediciones de cacería, lo mismo que la estera que se estienda en el suelo para dormir.

El jefe visitó los diferentes grupos de nuestra gente, aceptando luego la carne que ésta le ofreció.

A nosotros nos tocó una pata del elefante, que nos fue aderezada á usanza del país. Hízose un gran agujero en el suelo, en el que se encendió lumbre, y cuando el interior estuvo bien caliente, colocóse la enorme pata, que se cubrió de cenizas calientes, luego de tierra, y sobre todo esto se encendió un buen fuego que ardió toda la noche. Al día siguiente por la mañana la pata nos fue servida como desayuno, y nos pareció verdaderamente exquisita. Era una masa blanquizca un poco gelatinosa, parecida á una médula. Despues de una comida de pata de elefante conviene dar un largo paseo para evitar un movimiento de bilis.

La trompa y la lengua son tambien excelentes manjares; puestas al fuego y debidamente cocidas, tienen poco mas ó menos el sabor de la lengua de vaca y de la joroba del bisonte. Todo lo demás es coriáceo, y de un saborcillo tal que para comerlo se necesita estar mas que medianamente hambriento.

Sandia nos dió dos guías, y el 4 de junio dejamos el valle del Elefante, encaminándonos al Oeste para volver al Zambese, y llegando á él á menos de media milla al Norte de la catarata. Al subir el Morumbua en Pajodzé, vimos que entre nosotros y las rápidas solo mediaba la montaña.

Nos desayunamos un poco mas arriba de Pajodzé. No lejos de aquí y siempre subiendo, en un lugar

en que el Zambese se desliza relativamente tranquilo, y donde algunas veces lo vadean los traficantes, nos salió al encuentro un jefe banyai, que á la cabeza de doce guerreros, nos pidió con insolencia que le pagásemos un derecho de paso. Nuestros hombres les respondieron que los ingleses no acostumbraban pagar tributos de ningun género; y viendo el mal éxito de su exigencia, se volvió á sus hogares.

El Kebrabasa, que por última vez mirábamos, nos presentó un grandioso panorama: notables por sus formas y sus fragosas vertientes, los dos gigantes sostentáculos de la catarata se distinguían entre las altas montañas. Los anchurosos bosques mostraban aun sus atavíos de otoño; la parda corteza de los troncos lejanos hacia resaltar los matices amarillos, verdes, rojos, violáceos y oscuros de que aquellos bosques están brillantemente revestidos. En medio de estos magníficos tonos dejábase ver el lozano aparato de algunos árboles que ya ostentaban sus nuevas hojas, como si el invierno de los otros fuera para ellos la primavera. Los rayos del sol, reflejándose en aquellas magestuosas selvas, y la caprichosa sombra de las nubes que al pasar formaban un bello contraste con aquella esplendorosa luz, añadían nuevos encantos á unos cuadros cuya hermosura no tiene rival.

En virtud de lo que hemos visto respecto de las rápidas del Kebrabasa, parécenos cosa fuera de toda duda que se opondrán siempre á la navegacion durante los meses en que el rio está bajo; pero que en la época de las crecidas, elevándose el agua en el desfiladero ó garganta á la altura de 80 pies sobre el mínimo del caudal de sus aguas, es probable que un vapor pueda entonces salvar el paso y llegar al alto Zambese.

El pondono, ó el hombre-leon.

Habiendo llegado un día cerca de un pueblo del Kebrabasa, un hombre vino á visitarnos. Habíase descargado un fusil, y él, apercibiéndose de ello, pasó al lado opuesto para no hallarse á tiro, y se puso á temblar con extraordinaria habilidad, si bien con bastante exageracion. Los makololos nos dijeron que era un *pondono*, es decir, un hombre que podia cambiar de forma siempre que se le antojaba, y añadieron que un pondono no podia sufrir el olor de la pólvora. «¡Y en prueba de ello, ved cómo tiembla!» En vista de esto, pedimos á nuestros interlocutores que pidiesen á aquel sér extraordinario que se convirtiese en leon, diciéndole que por el trabajo que esto le costase le daríamos bastante tela para que se hiciese un vestido. «¡Oh! ¡no! replicaron los makololos; si tal cosa le dijésemos, podria acceder á ello, y vendria á matarnos cuando estuviésemos dormidos.»

Aseguráronnos que nuestro visitante tomaba con frecuencia la forma de un leon, y que se iba al bosque donde pasaba muchos días, durando algunas veces un mes su ausencia. La atenta mujer de este raro personaje habia construido una cabaña, ó por mejor decir, un antro, donde guardaba cerveza y alimentos para su amo y señor, cuyas metamorfosis en nada habian modificado los humanos apetitos. A escepcion del pondono y de su mujer, nadie podia entrar en aquella madriguera; y hasta prohibido estaba á todos los extranjeros apoyar sus fusiles en el baobab inmediato á la puerta.

El *mfumo* ó jefe de un pueblecillo intentó multar á nuestra gente, porque habia apoyado sus mosquetes en la pared de una antigua choza, que segun luego vimos, era nada menos que la vivienda del pondono, quien, diestro cazador, empleaba algunas veces su habilidad en beneficio del pueblo. Algunos días despues de la partida del pondono, su mujer toma cierta droga, la coloca en el bosque y huye á toda prisa temiendo ser cogida por el terrible animal. Merced al medicamento que ha encontrado, el pondono recobra la forma humana, vuelve á poblado y dice á los que halla en su camino: «Id y recoged, pues he cazado para vosotros.» Todos obedecen, y traen en efecto el búfalo ó el antilope que mató cuando era leon, ó por mejor decir, que cogió por medio de una trampa mientras proseguia en el bosque el curso de sus supercherías.

Créese igualmente en aquellas comarcas que despues de la muerte de un jefe su alma entra en el cuerpo de un leon, lo que hace sagrado á este animal. Una vez que matamos un búfalo (lo que ocurrió mas allá del Kafué), un leon, atraído sin duda por el olor de la carne muerta, se acercó al lugar en donde pasábamos la noche y nos despertó con sus rugidos. Tuba-Mokoro, imbuido en la idea popular de que un leon era un jefe disfrazado, le apostrofó en estos términos, en un momento de silencio: «Tú, un jefe! Tú eres quien lo dice; pero ¿qué género de jefe eres tú, que así vienes á intentar robarnos en las tinieblas, nuestra presa? ¿No te avergüenzas? ¡Vaya un jefe verdaderamente noble! Está visto que solo en tí piensas, y te pareces á un escarabajo sacamortos. ¿Por qué por tu propia mano no matas los búfalos? ¡Bah! Tú no tienes el corazon de un jefe; una piedra es lo que llevas en el pecho.»

No habiendo producido efecto alguno las enérgicas invectivas de Tuba-Mokoro, un hombre de los mas sesudos y que hablaba poco, consideró la cuestion bajo diferente aspecto, y dirigiéndose al leon con su habitual prosopopeya, le demostró que semejante proceder era injusto respecto de unos extranjeros que ningun mal le habian hecho. «Viajamos pacíficamente, le dijo, atravesando el país para ir en

busca de nuestro propio jefe; á nadie hemos dado muerte, ni robado cosa alguna. La carne de este búfalo nos pertenece, y no es tuya; y es humillante para un gran jefe como tú, el andar acechando durante la noche á la manera de las hienas, y el proponerse robar el sustento de los extranjeros. Abundante caza hay en el bosque: sal á buscarla, y debe tu alimento á tí mismo.»

Mas, como á pesar de tan oportunas reflexiones, el pondono rugia cada vez con mas fuerza, nuestros hombres, ya amostazados, le amenazaron con un balazo si no se alejaba. Todos tomaron sus fusiles; pero el leon se retiró prudentemente á algunos pasos del círculo de luz que proyectaban nuestras hogueras. Arrojámosle un trozo de búfalo en que habíamos echado estricnina, y se marchó al punto, no volviendo á dejarse oír en toda la noche.

Llanuras de Chicova.—Indígenas viajeros.—Nombres que los indígenas dan á las estrellas.—Ceguera causada por la luna.—Discusion política entre africanos.—Los blancos convertidos en bus de los niños.

El 7 de junio de 1860 llegamos á las llanuras de Chicova, donde el Zambese, desplegándose súbitamente, tiene la misma estension y el mismo aspecto que delante de Teté. Un poco mas arriba vimos una ancha capa de hulla hácia la orilla derecha.

De vez en cuando veíamos algunos viajeros indígenas. Los que se proponen hacer un largo viaje, van cargados de una estera para dormir, de una almohada de madera, una marmita y un saco de harina; llevan además una pipa, una vejiga llena de tabaco, un cuchillo, un arco, flechas, y además un aparato de 2 ó 3 pies, destinado á hacer fuego cuando se ven obligados á acampar lejos de poblado.

Como los leones abundan en las llanuras de Chicova, nuestros hombres empezaron á disponer el campo con mas atencion, colocándonos en el centro, como acostumbran hacerlo respecto de sus jefes Kanyata; arreglaron nuestros sacos, fusiles y revolvers cerca del punto que ocupábamos, y encendieron fuego.

Aquí, los astros mas perceptibles á la vista tienen nombres que conservan la misma significacion, en multitud de tribus dispersas: se llama á *Venus* cuando aparece á la caída de la tarde, *Ntanda*, es decir, el mayor; al amanecer se le denomina *Manjika*, ó primojénito de la mañana. Esta estrella es tan luminosa, que á la hora en que resplandece sola, los cuerpos proyectan sombra. Sirio tiene el nombre de *Kouena-Usiko*, ó arrastrador de la noche, porque se supone que arrastra la noche entera.

La luna, en el país de que hablamos, no tiene ninguna influencia maligna, ó por lo menos, no hay de ella conocimiento. La hemos mirado sin la menor molestia, hasta que un dulce sueño nos cerraba los